



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXVI

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NÚM. 10422

PRECIOS DE SUSCRIPCION

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extran-
ro.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.^o
16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

VIERNES 31 DE JULIO DE 1896.

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de
facil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cauma rtin
61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 31.

LA CORRIDA

A mi querido amigo Don Antonio Oliver.

La corrida! Bien venga la alegre fiesta
á la que el sol de España sus brillos presta;
donde lucen las hembras su bizzarria,
y sus ojos son soles de mediodia;
y en la cabeza airosa de flores llena,
sobre la altiva frente blanca ó morena,
la graciosa mantilla baja y desciende
y en sus redes de encaje las almas prende;
y los talles se encierran en el corpiño
donde la gentileza dejó su aliño,
y la falda de seda y acírelada
amarilla ó berneja, verda ó morada,
deja un pie inverosímil al descubierto,
pie de ninfa pisando rosas de un huerto;
y sobre el zapatito y aprisionado
de la media de seda por el calado,
algo que fuera digno de los cinceles
inmortales de Fidias y Praxitéles.

El cordobés sombrero se ostenta airoso
en las sienes del hombre *jacarandoso*,
y bajo el ala recta, fina y flexible,
lanzan los ojos negros el combustible
que al subir de los palcos á los balcones
abrsa de las niñas los corazones.
El Jerez en las copas refulge y brilla,
corre en ríos de oro la manzanilla,
y á la vez que los labios tienen las almas
su embriaguez en los oles, vivas y palmas
que, alegrando la plaza, doquier resuenan,
en tanto que las bandas los aires llenan
de músicas que encierran entre sus notas
ritmos de malagueñas, ritmos de jotas,
algo que al escucharse recuerdos deja
de rondas y amoríos junto á una reja,
melodia flamenca de ardientes giros
como rumor de besos y de suspiros,
canción que al tener vida nació bizzarra
de las cuerdas vibrantes de una guitarra.

El sol quema los aires: sus rayos rojos
como aristas de fuego hieren los ojos;
y al caer encendidos sobre la gente,
remediando aquel beso del libio ambiente,
el vendedor pregoná la limonada,
y el refresco espumoso, y el agua helada;
y un millar de abanicos el aire agitan,
y al moverse parecen que el vuelo imitan
de una leji6n flotante de mariposas
que á mirar á las gentes llegan curiosas;
se abren los quitasoles en el tendido,
y pronto por las gradas queda esparcido
un tapiz de sombrillas, pintada alfombra
que proyecta lunares de fresca sombra,
y que al sol le presenta los esplendores
de guirnalda de discos de mil colores.

Ya el Alguacil asoma: su ferrehuelo
y su negra ropilla de terciopelo,
y el chambergó apuntado de donde arranca
encorbada y airosa la pluma blanca,
y el jerezano potro que entre escarceos

luce la gentileza de sus arreos,
tienen la gala suma, la bizzarria
que muestran los ginetes de Andalucia,
y los potros de sangre con ardimiento
reyes de la elegancia, reyes del viento.

Ya sale la cuadrilla... ¡Qué airosa llega!
Al cuerpo y la cintura las capas plega,
y con andar flamenco va caminando
al son del pasa calle que estan tocando.
Hiere el sol con sus rayos las ricas telas,
relumbran los bordados y lentejuelas,
y en aplauso estruendoso rompe la gente;
aplausos que renace si el Presidente
del chiquero la llave lanza certero
y el Alguacil la coje con el sombrero.
Cuadro de luz brillante, de luz de España,
orgia de colores do en mezcla extraña
el hispano presente queda ligado
a gallardas memorias de lo pasado.
Y a la res jarameña se ve en Toledo
por el Cid derribada, se ve el denüedo
de Gazul en Granada saliendo al Coño,
y el empeño de Azarque, y al valeroso
Zafie que á su Moraima negra res brinda,
y hace que ante la hermosa la res se rinda
con el testuz herido, donde fulgura
del damasquino alfanje la empuñadura.
Cuadro de luz brillante, que aunque al presente
la corrida es un rayo de sol poniente
que en el mar del progreso se hunde y declina,
algo aun tiene en su brillo que nos fascina,
algo que nos exalta, que nos calienta,
algo que en nuestra sangre hierva y fermenta,
y que evoca donceles, damas y pajes,
zegries y gomeles y abencerrajes,
algo que forma parte de nuestra historia,
y que brilla en colores y es luz y es glorial

¡Buen berrendo hay en plaza! ¡Qué bien cornea!
Qué fuego entre sus ojos relampaguea!
¡Con qué furor salvaje sigue al torero,
y al ver como la valla salta ligero,
á la barrera embiste, y á sus *achazos*
tablas, estribo, todo, vuela en pedazos!
Ya el picador le cita... Ya el toro avanza
y al castigarle el hierro crece en pujanza;
dobla el potro al empuje los corvejones,
dobla la fiera entonces sus acosones,
del corcel en el pecho las astas mete
y al suelo lo derriba con el jinete.
Suena un grito de espanto: que al descubierto
el piquero ha caido, y airado y cierto
de engancharle y de herirle, no se retira
el berrendo que ansioso y feroz lo mira.
El matador acude: veloz despliega
el capote ante el toro, lo *empapa* y eiega,
y lo cita, lo trae, logra que airada
se revuelva la fiera, que deslumbrada
por aquel paño rojo de engaños lleno,
le embista abandonando presa y terreno.
Y el picador, ya libre, se alza y con pena
mira á su potro muerto sobre la arena,
y después mira al toro que va siguiendo
al capote que el diestro le está aun tendiendo,
hasta que al fin la fiera, perdido el norte,

resentidos sus remos por un recorte,
de la plaza en los tercios inmóvil queda,
despreciando el capote de roja seda
que á sus plantas se extiende, purpúrea alfombra
donde el sol del berrendo pinta la sombra.

¡Qué buen toro! De potros dejó sembrado
el anillo anchuroso y enarenado.
Suena el clarín: se alejan los picadores
y una gentil pareja de lidiadores,
de rehiletes armada, salta en el ruedo
y al toro á cuerpo libre cita sin miedo.
Arrancase la fiera... Con gentileza
uno de ellos la aguarda y en la cabeza
de la res el par *quiebra*... Suena estruendoso
un aplauso en el circo, y algo envidioso
de los láuros que gana su compañero
cita al toro el segundo banderillero.
Pero la res no arranca... Corre valiente
á su encuentro el torero, llega á la frente,
pide auxilios al arte y á la fortuna,
ve que *derrota* el *bicho*, pero se encuna,
y jugando la vida y á todo riesgo
deja un par admirable clavado al *sesgo*.
Rompe en aplauso loco la plaza entera;
y obsequiando á la gente banderillera,
desde el tendido al *ruedo* vuelan bizzarros
millares de sombreros y de cigarros.

Lanza el clarín aguda señal de muerte...
Ya el matador se apresta para la suerte,
ya los trastos recibe, ya con pausada
voz que la gente escucha muda y callada,
brinda el toro á las niñas de sangre ardiente,
y al pueblo que lo aplaude y al Presidente.
Ya se aparta y se aleja de la barrera,
ya va derecho al toro, ya al toro espera.
Dos pases naturales... ¡bien se ha ceñido!
Otro pase obligado... ¡de pecho ha sido,
y en él, como la fiera su faz no humilla
le rasgó con el asta la chaquetilla!
Mas no importa! El espada sigue sereno
y ni un palmo ha perdido de su terreno.
Otro pase en redondo, y otro seguido
de un trasteo elegante, sobrio y lucido.
Ya el berrendo se *cuadra*... ¡Ni dibujado!
Ya el diestro se perfila... ya se ha lanzado
por derecho... ¡Admirable! ¡Cayó la fiera!
¡Cómo hierva en aplausos la Plaza entera!
¡Olé los cordobeses! ¡Viva el *Guerrita*!
¡aquí de los fauques de la mezquita,
rey de gradas, tendidos, palcos y gentes,
califa soberano de los creyentes,
emir santo y ungido por el Profeta
que al darle el paño rojo de la muleta,
le dió con él la insignia y el estandarte
que lo erije y proclama por rey y del *Arte*.

Siga la noble fiesta, siga el encanto,
aquí España es España, y á España canto;
que por las venas nuestras corre á raudales
la sangre de dos razas antes rivales;
y de cristianos hijos, ó hijos de moros,
nuestra tierra es la tierra de Pan y Toros.

FRANCISCO ARRONIZ.

Cartagena—Julio—1896.